



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 6

CTX 103 INTRODUCCIÓN A LA PSICOLOGÍA

Salgado, Jonathan. “La importancia de una comunión solidaria en la iglesia”. En *La iglesia como comunidad terapéutica: un aspecto de la misión integral*, 97-110. México, D.F.: impresión privada, 2004.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Capítulo III

LA IMPORTANCIA DE UNA COMUNIÓN SOLIDARIA EN LA IGLESIA

La comunión de la iglesia cristiana es muchas cosas para muchas personas; algunos asisten a la iglesia una hora semanalmente para participar en la adoración y la alabanza a Dios y rápidamente se retiran al terminar, con el mínimo contacto social. Pero la mayoría de los miembros de las iglesias buscan más oportunidades para convivir, oportunidades para intercambio social, y experiencias de crecimiento educativo y de servicio. Ya que gran parte del trabajo de la iglesia se realiza por medio de grupos, las personas se interesan y se integran a esos grupos con los cuales se identifican, como grupos de oración, coros, organizaciones misioneras, clases bíblicas, grupos de hombres y de mujeres y grupos que se dedican a algunas otras actividades marginales. Cuando esos grupos funcionan bien en el sentido social, se desarrollan relaciones de refuerzo que pueden aumentar el sentido de pertenencia y autoestima de las personas. Ésta ha sido por mucho tiempo una de las experiencias terapéuticas más poderosas en la iglesia. Jorge A. León en su libro *Psicología pastoral de la iglesia* dice:

El trabajo de grupo forma parte de la tradición de la iglesia desde que Jesús escogió a doce personas para integrar el núcleo central de la iglesia que estaba fundando. Ese grupo, que funcionó durante casi tres años, estaba integrado por hombres comunes, débiles, incultos, falibles. Pero el Conductor del grupo tenía mucho que aportar. Los Evangelios presentan tres características básicas en Jesús como Conductor o Coordinador del grupo inicial: su amor por las personas, su extraordinaria humildad que hizo posible que sus discípulos lo sintieran como un igual, aunque no lo era, y finalmente, un gran respeto por las personas a pesar de sus fallas morales...

... a través de la historia de la iglesia, los pequeños grupos han cumplido un rol muy significativo. Basta con recordar que el avivamiento metodista, que comenzó en Inglaterra en el siglo xvii, se inició en un grupo de reflexión y de oración integrado por estudiantes de la Universidad de Oxford. Al extenderse el avivamiento como reguero de pólvora, Juan Wesley y sus colaboradores organizaron las “reuniones de clase”, pequeños grupos para la edificación y reflexión sobre el

ministerio que Dios les llamaba a cumplir.

En los días en que vivimos necesitamos reavivar las actividades de pequeños grupos para la edificación de los creyentes y el cumplimiento de la misión al mundo. Entre éstos se necesitan los grupos de asesoramiento pastoral.¹

El rápido crecimiento numérico de las iglesias evangélicas en América Latina es un fenómeno digno de ser estudiado y que presenta desafíos especiales. Las megaiglesias pueden llegar a ser lugares y experiencias que agudicen el sentimiento de soledad de muchas personas. En este sentido una de las medidas preventivas que estas iglesias deben tomar en cuenta es el modelo de grupos pequeños. Paul B. Maves describe el valor de estos grupos para el crecimiento personal en una congregación. A pesar de que fue dicho hace muchos años, sigue vigente:

¿Cuál es la implicación de todo esto para el trabajo en la iglesia? Naturalmente, las implicaciones irían más lejos de lo que aquí se pudiera explicar, pero algunas de las más obvias pueden ser mencionadas.

Primero, cada persona que busca la membresía en la iglesia, se relacionará con un grupo pequeño, íntimo, que se reúne frecuentemente por un periodo de tiempo, en el espíritu de ágape, para convivencia, estudio, adoración y servicio. Esto puede significar que una congregación grande tendrá que ser dividida en clases, sociedades, zonas, células y/o grupos de recreación. Sin duda habrá necesidad de crear varios grupos pequeños para satisfacer diferentes necesidades. El desarrollo de grupos de apoyo cristiano es una de las mayores contribuciones que puede hacer la iglesia.

Segundo, los grupos se orientan a las personas y a sus necesidades, más que a tareas. Sabemos que los individuos no son capaces de dar amor en el sentido de ágape, hasta que lleguen a ser amados de esa forma. Dentro de estos grupos se sentirán respetados como personas, y no sólo como máquinas productivas, y encontrarán comprensión, simpatía y compasión. En los grupos las personas encontrarán a otros que están listos a cooperar con ellas en el intento de cumplir su misión en la vida

y descubrir su potencial.

Tercero, los grupos deben organizarse basándose en necesidades personales y afinidades naturales, más que en categorías estadísticas. Por ejemplo, habrá grupos vocacionales, grupos de interés, grupos de padres jóvenes, padres de adolescentes, parejas comprometidas, grupos de jóvenes, y varios más. Sin duda habrá personas que querrán pertenecer a más de un grupo debido a que se identifican con varios intereses. Más aún, habrá oportunidades para asociarse con personas de intereses y antecedentes ya sea similares y/o heterogéneos.

Cuarto, los grupos deben sentir libertad de hacer decisiones dentro de los límites establecidos por las metas de la misma iglesia. Deben ser espontáneos y flexibles. Democráticamente dirigidos por personas que sean adecuadas, que estén conscientes de las necesidades de los miembros del grupo, y que posean algún conocimiento para satisfacer estas necesidades. En estos grupos debe reinar una atmósfera de libertad para que las personas expresen verbalmente sus

sentimientos, sean negativos o positivos, en un clima de respeto a toda sugerencia.

Quinto, se deben desarrollar dispositivos para asegurar un continuo flujo en la comunicación entre los miembros del grupo y los líderes. Todas las personas podrán participar en la solución de los problemas del grupo de acuerdo a sus capacidades, y en la toma de decisiones cuando éstas les afecten. Esto significa una continua evaluación del programa con el propósito de lograr que todos los participantes expresen realmente su sentir con respecto a éste. Lo que quiere decir que las minorías serán respetadas y reconocidas, y que las acciones del grupo estarán basadas en el consenso real, más que en tácticas de poder.

Sexto, deben considerarse todas las posibilidades de trabajo con grupos naturales y primarios en la comunidad, tales como: familias, vecinos, pandillas, así como grupos profesionales y de trabajo que pueden ser abordados y aun incorporados a la comunidad cristiana. Siempre existen las posibilidades de grupos de oración

entre los vecinos, grupos en las escuelas, en los lugares de trabajo, y programas de estudio en los hogares.

Séptimo, esto significa que el tamaño y composición de los grupos se mantendrá flexible. El tamaño de los grupos será determinado por la función desempeñada. Esto es, para alcanzar la mayor participación posible, y la satisfacción de las necesidades individuales del grupo, es necesario asegurar que el grupo no sea más grande de lo necesario para alcanzar las metas propuestas.²

Estas expectativas optimistas son prácticas como metas o directrices, pero por lo general son difíciles de realizar en una iglesia debido a las limitaciones de muchos de los miembros. Por ejemplo, sería magnífico tener líderes de grupos que sean emocionalmente estables, amorosos y de apoyo, que permitan a los participantes del grupo compartir las decisiones y llegar a ser más amorosos en el sentido de dar de sí mismos con libertad. Más aún, lo ideal sería que estos líderes fueran personas que vivan muy cerca de Jesús, siguiendo el modelo establecido por él mismo en el sentido de ser

ante todo siervos. Pero frecuentemente los líderes son escogidos entre personas que están dispuestas a aceptar el cargo y su estabilidad emocional o madurez espiritual no está garantizada. Muchos grupos en las iglesias se dedican a actividades que se centran en tareas que cumplir más que en las necesidades de los miembros. Sin embargo, aun estos grupos deberían proveer a las personas la oportunidad de compartir sentimientos y considerarse más valiosos haciendo el trabajo que les gusta. Todos los grupos eclesiásticos deberían ser emocionalmente acogedores.

Una de nuestras convicciones cristianas básicas es que el mensaje y el compañerismo cristiano deberían producir gente emocionalmente madura y sana. Cuando los miembros de las iglesias entienden que ése es el propósito principal en la iglesia local, los programas y los presupuestos lo reflejan. Anteriormente he tratado de mostrar lo que significa la aceptación desde una perspectiva teológica. La aceptación es, obviamente, también un concepto psicológico. Pensando en la importancia de una comunión solidaria en la iglesia, deseo presentar algunos asuntos integradores con respecto a las funciones de una buena teología y una buena psicología. Sería difícil encontrar figuras de lenguaje que comuniquen

vívidamente la profunda experiencia de participación y comunidad. Las palabras son inadecuadas para expresar completamente realidades que son internas e intangibles, pero a la vez poderosas y reales. En la experiencia cristiana la participación en la vida de Dios se centra en el amor de Dios revelado en Cristo Jesús, amor que redime a los seres humanos como personas y los hace conscientes de su hermandad y de su unidad, pero también de su individualidad como hijos. El Nuevo Testamento no enseña que el ser humano debe de ser tan absorbido por Dios o por un grupo, que llegue a perder su identidad como persona. Más bien, el ser humano encuentra la plenitud de su identidad personal por medio de la participación en la vida de Dios y en la comunión con su prójimo. Ésta es una contribución de la teología y de la espiritualidad a la salud integral del ser humano.

El deseo y la capacidad de pertenencia y participación son inherentes en cada persona. Pero éstos deben ser demostrados en la experiencia y no pueden ser transmitidos sólo verbalmente. Ésta es una parte importante de la misión integral de la iglesia: traer a personas de todas las edades y de todas las clases sociales a la experiencia de comunión y guiarles a la participación amorosa en la vida de Dios y en la vida del prójimo, esto es lo

que hace de la redención una realidad. Ésta es la razón por la cual la expresión del amor cristiano es importante en el sentido de que la persona se da a sí misma para satisfacer las necesidades del prójimo; eso es esencial para una comunión genuina. Pero no podemos dar amor hasta que lo hayamos recibido de otros y lo entendamos a la luz del amor de Dios. Movidos por un profundo sentido de gratitud por lo que hemos recibido nos consideramos obligados a dar. Parte de nuestro dar tiene que ver con la renuncia de lo que haya en nosotros que pueda lastimar a otros; y parte tiene que ver con un compromiso a acciones positivas que suplan las necesidades de otros. En esta experiencia no hay lugar para el legalismo que obliga a las personas a sujetarse a un código de conducta sólo por temor.

Los sentimientos de ansiedad, culpa y odio, comunes en el ser humano en el siglo XXI, crecen por la falta de sentido de pertenencia y a su vez van creando barreras de pertenencia. Esto hace la comunicación difícil y casi imposible, al grado que aunque haya grupos en los cuales muchas personas se incorporen, y aunque las personas hablen, realmente no se sienten parte del grupo y lo que dicen no siempre es lo que sienten, por lo tanto no hay sentido de pertenencia ni una comunica-

ción real, consecuentemente no existe un sentido de comunión. La comunión depende de nuestra habilidad de compartirnos a nosotros mismos con otros, y para muchos es más fácil compartir cosas que compartirse a sí mismos.

Hay dos condiciones básicas bajo las cuales puede vivir el ser humano: una es descrita por las palabras “comunidad”, “pertenencia” y “compañerismo”; la otra es descrita por los términos “aislamiento”, “separación” y “soledad”. Hay varios grados de ambas condiciones, y la mayoría hemos experimentado ambas en mayor o menor grado. El compañerismo es esencial para la salud mental; el aislamiento produce enfermedad en una u otra forma. Henry Nouwen dice:

El aburrimiento, el resentimiento y la depresión son todos sentimientos de separación. Nos presentan la vida como una conexión rota. Nos hacen creer que no tenemos raíces. En las relaciones interpersonales esta desconexión se experimenta bajo la forma de soledad. Cuando estamos solos, nos percibimos como individuos aislados, quizá rodeados por muchas personas, pero sin formar parte verdaderamente de una comunidad que

nos apoye o nos nutra. La soledad es, sin duda, una de las enfermedades más extendidas de nuestro tiempo... Esta sensación paralizadora de soledad constituye el núcleo del sufrimiento humano. Todos podemos soportar el dolor físico e incluso mental, cuando sabemos que de verdad nos hace formar parte de la vida que compartimos en este mundo. Pero cuando nos sentimos marginados de la familia humana, entonces perdemos el ánimo.³

Al fomentar la experiencia de comunidad cristiana, la iglesia provee un fundamento para el desarrollo integral, para la madurez de las personas y para la prevención de muchas enfermedades, por eso es que llega a ser un gran recurso terapéutico en la sociedad. Un médico, el Dr. Gotthard Booth expresa este concepto cuando dice:

En teoría, la iglesia representa una exitosa síntesis entre organización material y sentido trascendente. Por lo tanto, la salud mental no sólo es compatible con la vida religiosa, sino potencialmente es reforzada por ésta. La iglesia recalca la dignidad de cada individuo en contraste con las evaluaciones competitivas del materialismo; esto

le asegura al ser humano que a pesar de sus éxitos y logros, o de sus pecados y crímenes, es amado por Dios por ser uno de sus hijos y no basándose en productividad o poder. Esta seguridad motiva al individuo a desarrollar su propia personalidad. A su vez, la iglesia trata de evitar desarrollos unilaterales con propósito competitivo, pues considera el orgullo como el pecado más grave. Todo esto va de acuerdo con las perspectivas del psicoanálisis y de la medicina psicosomática.

Finalmente la iglesia constantemente expresa un concepto del mundo que trasciende sus manifestaciones físicas en tiempo y espacio. En esta afirmación de valores emocionales y espirituales como el alimento de la vida, la iglesia siempre ha predicado lo que el psicoanálisis ha redescubierto: que no sólo de pan vive el hombre, sino también del significado simbólico de lo que le es dado materialmente. La adoración corporativa en particular, relaciona al individuo con Dios a través de experiencias concretas en las que aprende a aceptar sus limitaciones humanas.⁴

La iglesia cristiana puede y debe ser la comunidad sanadora que reconcilie al ser humano con Dios, con los demás y consigo mismo. Esto se logra más en una comunidad solidaria donde participan personas amorosas que son receptivas y dispuestas a brindar apoyo emocional. Cuando entendemos el mandamiento de Jesús, “ámense los unos a los otros”, podemos ver la motivación básica de la comunión cristiana. Amar a Dios y amarnos unos a otros sólo se aprende en comunidad y significa aceptar a los demás y suplir sus necesidades, tanto espirituales como físicas y emocionales.